

¿Qué quiere decir la Iglesia con «creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna»? ¿Lo del cielo se dice en serio, o es simbólico?

La frase «creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna» figura como afirmación final en el Credo apostólico. En esta fórmula tenemos el resumen y culmen de la religión cristiana.

El ser humano tiene un profundo deseo de perdurar, de existir para siempre. Pero «vida eterna» en la Biblia no significa tan solo gozar de una existencia sin término (que al fin y al cabo podría llegar a ser tediosa, como ocurre en el cuento *El inmortal* de Borges), sino *vivir además en la permanente compañía de Dios*, en un estado de comunión duradera con Él.

Por eso, en labios del cristiano las palabras «vida eterna» significan algo muy especial: no se refieren a una plenitud obtenida por el hombre por su cuenta y con recursos propios –una especie de *autoperfección* aislada–, sino más bien al regalo de Dios, que con su presencia colma y desborda la indigencia humana. Dios –la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo– se da al hombre, saciándole con su infinita Bondad, Belleza y Verdad. Y junto a Dios el hombre queda sumergido en la santa compañía de

los santos y ángeles. Solo una existencia de este tipo –vida en comunión o relación amistosa con otros– puede saciar la sed del corazón humano. Como decía san Agustín, resumiendo su propia historia de búsqueda: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en ti» (*Confesiones* I, 1, 1).

Las palabras humanas se quedan cortas para expresar el misterio de comunión íntima entre un Dios infinito y la criatura: «Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre, las cosas que preparó Dios para los que le aman», dice expresivamente san Pablo en la primera carta a los corintios (2, 9, parafraseando al profeta Isaías 64, 3).

A veces la Biblia emplea la palabra «cielo» (en hebreo, *samayim* [plural]; en griego, *ouranós*) para referirse al ámbito propio de Dios. No debe entenderse este término en sentido físico («arriba») sino metafórico: significa «estar donde está Dios», alcanzar al Ser trascendente y participar en su Vida. «Cielo» se entiende mejor dentro de una lógica «polar», según la cual la Biblia utiliza las palabras «de abajo» para aludir a la vida terrena imperfecta («tierra»), o al estado de los réprobos alejados de Dios («hades»,

«abismo», «gehena»).

Quienes viven y mueren santamente experimentan enseguida tras la muerte –en su núcleo personal, que pervive– el gozo de una unión inquebrantable con Dios; mientras que los que viven y mueren alejados de Dios experimentan después de la muerte, en su alma, la pena de la ausencia divina. Pero hay más: la frase del Credo que he citado al principio vaticina «la resurrección de la carne» en el último día. Según la fe cristiana, con el retorno glorioso de Cristo al final de la historia, todos los muertos –hayan vivido una vida buena o mala– resurgirán como personas completas –con el cuerpo reunido con el alma–, para no morir ya jamás.

No conocemos con detalle la manera en que el poder divino recompondrá a cada persona en su totalidad material-espiritual. San Pablo en la *Primera Carta a los Corintios* (capítulo 15) ofrece la analogía de la semilla que cae en tierra y muere, para dar lugar luego a una planta desarrollada. Al menos estamos seguros de que cada ser humano tendrá su misma identidad: así recibirá la retribución correspondiente a su conducta en la vida mortal.

Los sujetos humanos resucitarán según hayan vivido una vida santa o mala en la tierra, «unos para vida eterna, otros para vergüenza, para ignominia eterna» (*Daniel 12, 2*). Es lógico que sea así, ya que la plenitud de vida guarda proporción con la estrechez de la relación que uno tiene con Dios, Manantial de vida. De modo que, cuando resuciten los santos, recibirán en cuerpo y alma la energía vivificante y transfiguradora de Dios. Mientras que los réprobos sufrirán en

toda su persona la falta de armonía, vigor y belleza, debida al alejamiento de la Fuente de vida. ■

Para saber más:

Catecismo de la Iglesia Católica,
988-1029.
José Alviar